

DÍA 47 - RESURRECCIÓN - NO HABÍAN ENTENDIDO

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

San Manuel González - Obras Completas, Tomo I - Texto extraído de “**Mi Comunión de María - Doctrina y Práctica de la Comunión de las Marías y de los Discípulos de san Juan en unión de su Madre Inmaculada**”

... *porque aún no habían entendido de la Escritura que Jesús debía resucitar (Jn 20,9)*

Antes

1377. Madre buena y paciente: aquí tienes a tu hijo, que en medio de las alegrías que hacen estremecer al mundo de las almas en los días de la Resurrección se siente como sobrecogido por el miedo. Y me lo sugiere el contemplar a los apóstoles, discípulos y Marías ante el sepulcro de Jesús, dándolo por *muerto para siempre*, ¡sin sospechar siquiera la Resurrección!

¿No viene a demostrar eso el miedo con que se esconden y la desilusión con que hablan ellos, el empeño de ellas de ungirlo y embalsamarlo mejor, la obstinación de éstas en creerlo robado y de aquéllos en no creer el anuncio de las que lo habían visto resucitado? Hay una palabra, sobre todo, en el Evangelio según san Juan, que lo declara terminantemente. Cuando éste describe su ida precipitada al sepulcro, en compañía de Pedro, luego que recibieron la noticia de María Magdalena de que *habían quitado al Señor*, da esta razón de su asombro y este comentario: "Aun no habían entendido de la Escritura que Jesús había de resucitar de entre los muertos..."

1378. Esa razón del evangelista me ha puesto triste, porque la lectura ha suscitado en mi alma una pregunta: Si los amigos, los íntimos, los más confidentes de Jesús, después de tres años de acompañarlo, verlo, oírlo, participar de sus milagros, y hasta de contemplar a muertos resucitados, *aún no se habían enterado* de la *Obra principal* que había venido a realizar sobre la tierra, y que era la piedra angular y la clave del arco de toda su doctrina, espiritual y moral edificación, que eso viene a ser la Resurrección, y esto a pesar de haberla oído anunciar tantas veces y de tantos modos, ¿puedo yo permanecer tranquilo persuadiéndome de que, porque comulgo con frecuencia o diariamente y porque leo algún que otro libro piadoso y porque llevo tantos años de vida sin escándalo ni desórdenes mayores, *soy de los enterados*, de los *bien enterados* de Jesús?

¿Qué respondes, Madre y Maestra mía, a mis temores y recelos? ¿Quieres enseñarme a acabar con todas mis ignorancias respecto a tu Jesús y a lo que Él pide a mi alma?

Después

1379. Acaba de entrar Jesús en mi alma; dile, Madre querida, que introduzca en mi entendimiento y hasta en mi sensibilidad la *noticia entera* de Él; sí, que hasta por instinto sepan mis nervios quién es Jesús, qué me pide y qué le deben... Yo no quiero con Él sólo proximidad material, como la tiene la carne de mi lengua cuando recibe el sacramento, como el metal del copón que lo guarda en el Sagrario y ni aun como los accidentes de pan que lo

cubren; yo quiero más que *proximidad, compenetración*, como la piedra del sepulcro y las paredes de la casa de los apóstoles se dejaban atravesar y compenetrar de su Humanidad gloriosa... Yo quiero, Jesús mío, esa compenetración de tu doctrina con mis ideas, de tus amores con mis cariños, de tus gustos con mis aficiones, de tu ser con mi ser... Que no se pueda decir de ningún rincón de mi cerebro, ni de ninguna fibra de mi corazón, ni de ninguna partícula de mi carne: ahí *todavía* no ha entrado Jesús...

1380. ¿Cómo se realiza ese milagro de *compenetración total* y para *siempre* con Jesús? Tu santo Evangelio me da la respuesta. Cada vez que anunciabas a los tuyos que habrías de resucitar de entre los muertos, antes les asegurabas que habrías de morir, y hasta les describías el proceso de ignominias de tu muerte; y los evangelistas casi siempre ponen el mismo comentario a tus vaticinios: "Mas ellos no entendieron una palabra", "no lo entendían"...

Es decir, tus amigos no se habían *aun* enterado de la *Escritura* de tu Resurrección, porque no se habían enterado tampoco de que tenías que *padecer y morir con muerte ignominiosa*, y así entrar en la gloria de tu Padre...

¡Morir! ¡Morir! ¡Saber y persuadirnos de que hay que morirnos a nosotros mismos! Ésa es la clave de las compenetraciones divinas, del esclarecimiento de los misterios... Por la cruz a la luz. Por la humillación a la exaltación. Por la muerte a la vida.

¡Y qué trabajo le cuesta a nuestra naturaleza soberbia entender eso! Después de haber visto resucitado a su Maestro multitud de veces, y de haberse recreado en su contemplación y enseñanza, todavía insinúa el texto sagrado que sus amigos no se *habían enterado* de la naturaleza y alcance de su triunfo.

1381. Una de las últimas preguntas, ¡quizá la última!, que Jesús resucitado y próximo a subir al cielo recibe de los suyos es ésta: "¿Será éste el tiempo en que has de restituir el reino de Israel?" (Hch 1,6).

¡El reino temporal, la dominación, el brillo, lo terreno, lo exterior!... ¡No entendían otros modos de triunfar!

Fue necesaria la virtud del Espíritu Santo para que aquellas inteligencias tan pegadas a la tierra acabaran de enterarse de que Jesús y su obra, que es la redención de las almas, y su triunfo, que es la gloria de Dios y la exaltación de su nombre, no tienen más *que un punto de vista*: el Calvario con su *Cruz* arriba para morir en ella y su *sepulcro* abajo para resucitar desde él...

FLORECILLA DE MI COMUNIÓN.- Madre de Dios y Madre mía, enséñame a no ver a tu Jesús y todas las cosas de la tierra y del cielo más que como *se deben ver* desde ahí. ¡A la luz por la cruz! ¡A la gloria por la ignominia! ¡A la vida por la muerte!

**¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!
¡Ave María y adelante!**